



**CIUDAD
DE DIOS**
E.L. DOCTOROW

● ● ●
miscelánea

TRADUCCIÓN DE DAMIÁN ALOU



CIUDAD DE DIOS

E. L. DOCTOROW

CIUDAD DE DIOS

Traducción de
Damián Alou

M...
miscelánea

Título original:
City of God

© E. L. Doctorow 2000

Primera edición: octubre de 2009

© de la traducción: Damián Alou Ramis

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-936628-4-4
Depósito legal: M. 14.599-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Alison, Gabriel, Graylen, Annabel y TK

De modo que la teoría dice que el universo se expandió exponencialmente desde un punto, un punto singular espacio/tiempo, una cosa/momento, un suceso original y particular o azar cuántico fundamental, hasta el extremo de que la palabra *explosión* es inadecuada, aunque la teoría se conozca como Big Bang o Gran Explosión. Lo que se supone que hemos de tener presente, y no olvidar, es que el universo no estalló dentro de un espacio preexistente y disponible, fue el espacio lo que estalló, llevándose todo en un inmenso florecimiento expansivo, un silencioso destello que en un segundo o dos dio nacimiento a todo el impetuoso universo de gas y materia y luz-oscuridad, un *plof* cósmico de la nada que se convirtió en el volumen y la cronología del espacio-tiempo. ¿Entendido?

Y desde entonces la historia universal ha sido una especie de evolución desde la materia estelar, el polvo elemental, las nebulosas, ardientes, brillantes, pulsátiles, todo alejándose de todo lo demás durante los últimos quince mil millones de años.

¿Y qué significa que la singularidad original, o la originalidad singular, que incluía en su existencia submicroscópica todo el espacio, todo el tiempo, que de manera repentina y voluminosa y monumental iba a surgir en conceptos que podemos comprender, o aprender... qué significa decir que... el universo no nació en un estallido a través del espacio, sino que el espacio, que es en sí mismo una propiedad del universo, es lo que explotó con todo en

su interior? ¿Qué significa decir que el espacio es lo que se expandió, se extendió, floreció? ¿Para formar qué? Incluso ahora, el universo que expande sus galaxias de soles ardientes, estrellas que mueren, monumentos metálicos de piedra, nubes de polvo cósmico, debe de estar llenando... algo. Si se expande, tiene perímetros que en la actualidad sobrepasan nuestra capacidad de medición. ¿Qué aspecto tienen las cosas en este instante en el confín del universo? ¿Qué hay justo al otro lado de ese confín paramétrico que todo lo anega antes de quedar anegado? ¿Qué es lo que va a ser invadido, llenado, iluminado, activado? ¿O acaso no hay confín, frontera, sino una serie infinita de universos que se expanden uno dentro del otro, todos al mismo tiempo? De modo que la materia en expansión se expande fútilmente dentro de sí misma, una materia oscura en infinita circunvolución de aterradora e insensata infinitud, sin propiedades, sin volumen, sin energías elementales transformadoras de luz o fuerza o cuantos pulsátiles, todo ello invenciones de nuestra propia conciencia; y nuestra conciencia, que carece de volumen y cualidad física, es un proyecto tan definitivamente absurdo, frío e inhumano como el universo de nuestra ilusión.

Me gustaría encontrar a un astrónomo con quien hablar. Pienso en cómo la gente se anestesiaba para sobrevivir a los campos de concentración. ¿Se insensibilizan también los astrónomos ante el universo estrellado? Lo que quiero decir es: ¿ven el universo como un trabajo? (No lo digo para exonerar a los demás, a quienes se nos ofrecen esas angustiosas insinuaciones de la vastedad del universo y seguimos con nuestras vidas como si eso no fuera más que una exposición del Museo de Historia Natural.) ¿Entiende el astrónomo corriente y moliente que hace su trabajo que más allá de los fenómenos celestiales que constituyen su estudio —los cálculos de su radiometría, por no hablar del obligado respeto reverencial de su vida profesional— reside una verdad in-

mensamente aterradora —el definitivo contexto de nuestra lucha, la conclusión de nuestros intelectos históricos tan desagradables de contemplar— que incluso aunque uno se vuelva hacia Dios no puede mitigar la desdicha de tan profunda, desastrosa, desesperanzada infinitud? Ésta es mi pregunta. De hecho, si Dios tiene algo que ver en este asunto, en estos hechos elementales, en estos aparentes conceptos, es tan temible que se halla más allá de cualquier súplica humana de solaz, o consuelo, o de la redención que nos procuraría compartir Su secreto.

* * *

Ayer por la noche, en la cena, nombre en clave Moira. Tras haberla estado viendo en el curso de un año y haber hablado con ella brevemente, siempre con el mismo signo en mi interior, he llegado a reconocer cuándo presta una atención especial, o cuándo se le tensa momentáneamente el pecho y manifiesta una especie de paradójica excitación no sexual que, por lo general, acaba provocándome, al cabo de un momento, una sensación de pérdida, un atisbo de mi propia vida probablemente desperdiciada, o, más probablemente, del carácter resistente de la vida en sí misma al negarse a desarrollarse como debería... Mientras me hallaba en la cena comprendí por qué, en definitiva, vale la pena soportar la vida social entre esta gente.

Ella no lleva maquillaje, no luce joyas, y llega habitualmente sin estar vestida para la ocasión, con un atavío de lo más sencillo, el pelo sujeto con horquillas o peinado casi de cualquier manera, como si se lo hubiera recogido en el último momento para alguna cena de gala a la que la ha arrastrado su marido.

Lo primero que me llamó la atención nada más verla por primera vez fue su semblante distraído y sereno, como si estuviera pensando en otra cosa o se hallara en otra parte, lejos de ese dis-

tinguido ambiente. Como no exigía atención y al parecer no ejercía ninguna profesión, podía llegar a parecer totalmente vulgar entre las mujeres de bandera que la rodeaban. Sin embargo, era siempre objeto de admiración —difícil de disimular— de todo el mundo.

Una figura esbelta, de talle largo. Pómulos delicados y ojos castaño oscuro. La boca generosa, su piel, de una uniforme palidez color crudo, inmaculada, parece que se extiende sobre su cara conformando un aura luminosa. Esta uniformidad esclava, sobre todo en la frente, bajo la línea del pelo que trazan las horquillas, quizás explique, al menos en parte, esa permanente serenidad que siempre me ha transmitido.

Asintió, sonrió, me miró clara y directamente a los ojos, y ocupó su lugar en la mesa con esa calma imperturbable que tanto me atrae.

Las cosas iban bien. «Permítame que le haga los honores...» Pronuncié lo que tenía preparado de manera automática. Ella se mostró receptiva y agradeció el detalle con su forma de hacer sosegada. Tras mi tercera copa de burdeos, al amparo de las conversaciones que nos rodeaban, me dije que debía arriesgarme. Mi confesión le provocó una alegría agradecida y evasiva. Pero a continuación el color llenó sus mejillas, dejó de reír y miró a su marido por un instante, que estaba sentado en la mesa de al lado. Cogió el tenedor y con la vista baja se concentró en la cena. Como solía ocurrir, se había abierto fortuitamente el botón superior de su blusa, siempre flojo. Estaba claro que no llevaba nada debajo. Sin embargo, me resultó imposible imaginarla teniendo una aventura, y me entró cierta tristeza, incluso me avergoncé un poco de mí mismo. Me pregunté con amargura si ella elevaba la naturaleza moral de los hombres que la rodeaban.

Pero entonces, cuando estaban a punto de servir el postre, se les indicó a los hombres que consultaran el reverso de las tarje-

tas donde figuraba su nombre y se cambiaran de mesa. Me senté junto a una periodista de televisión que expresaba contundentes opiniones políticas en la cena, pero nunca en pantalla, y yo no la escuchaba, y me sentía borracho y desgraciado, entonces volví la vista y divisé... a Moira... que me miraba con una solemne intensidad que lindaba con la cólera.

Se reunirá conmigo para almorzar cerca del museo y luego miraremos los Monets.

* * *

Y todo se aleja de todo lo demás durante unos quince mil millones de años, se establecen afinidades, vínculos siderales, y las estrellas giran lentamente una alrededor de otra en grupos de estrellas o galaxias, y en grandes y monumentales movimientos las galaxias forman cúmulos de manera aún más lenta, y los cúmulos a su vez se distribuyen de manera lineal, una gran cadena o serie de supercúmulos en una distancia de miles de millones de años luz. Y en esta majestuosamente vasta e impetuosa cosmosidad, ocurre un pequeño y oscuro accidente: una formación azarosa de átomos de carbono y nitrógeno se fusiona y adquiere existencia molecular como célula única, una mota de corrupción orgánica, y, *sacre bleu*, tenemos la primera entidad del universo con voluntad propia.

* * *

Mensaje del padre

Everett@earthlink.net

Hola, las respuestas a tus preguntas, por orden: el devocionario an-

glicano; sobrepelliz; alzacuello con camisa roja; para dirigirte directamente, padre, indirectamente, reverendo Tal y cual (si fuera obispo sería ilustrísima); mi nombre era Tillich, aunque algunos me siguen llamando Jim Pike. Y la cruz robada era de latón, de dos metros y medio. Me estás poniendo nervioso, Everett.

Dioosebendiga,

Pem

* * *

Atraco

Esta tarde, en Battery Park. Hacía calor, había gente. Una suave brisa otoñal, como una mujer soplándome al oído.

Por todas partes bajan tórtolas en picado, llevan en las alas el polvo de la ciudad.

Detrás de mí, los rascacielos financieros de Manhattan sur quedan iluminados por el sol y parecen una catedral aislada: *religioplex*.

Y me tropiezo con este vendedor ambulante de relojes, el pelo a lo rastafari, una gran sonrisa. Está ahí de pie, con su túnica roja de cantante de coral. Su presencia sacra no queda menoscabada por sus Nike blancas y nuevas.

—No hay que darles cuerda, se puede duchar con ellos, a prueba de bomba, con diamante y toda la pesca, la hora en punto siempre.

Aparece un barco, espectral, entre el resplandor de la bahía aceitosa: el ferry de la isla de Ellis. Siempre observo los barcos. Da la vuelta, sus tres cubiertas abarrotadas hasta los topes. Su mole roza de refilón el desdeñoso embarcadero de Nueva York. Cruje la estructura de pilotes y restalla como una descarga de disparos.

Un hombre que está en el paseo cree que es a él a quien buscan y echa a correr.

Los turistas que están en la plancha de embarque hacen un ruido ensordecedor. De los hombros les cuelgan cámaras de fotos, de vídeo y niños atontados.

Dios santo, el muelle de Nueva York parece consumirse en la extenuación, como si el olor del mar fuera petróleo, como si los barcos fueran autobuses, como si todo el cielo fuera un inmenso garaje con las paredes cubiertas de calendarios de tías en pelotas, y los meses venideros estuviesen ya manoseados y manchados de grasa negra.

Pero volví junto al vendedor ambulante vestido de cantante de coral y le dije que me gustaba su túnica. Le dije que le daría un dólar si me dejaba ver la etiqueta e instantáneamente su sonrisa desapareció.

—¿Estás loco, tío?

Levanta su bandeja de relojes y la aparta de mí.

—Lárgate, aquí no tienes nada que hacer.

Cuando lo dice mira a derecha e izquierda.

Yo iba de paisano: tejanos, chaqueta de cuero, camisa a cuadros y camiseta. No llevaba identificación cruciforme.

Más tarde, tras haber caminado un rato, llegué a Astor Place, allí donde los vendedores ambulantes colocan sus productos sobre la acera: tres túnicas de cantante de coral color púrpura perfectamente dobladas y apiladas sobre una cortina de plástico para ducha. Cogí una y le di la vuelta al cuello y allí estaba la etiqueta, «Churchpew Crafts», y la señal de la lavandería del señor Chang.

El vendedor, un solemne joven mestizo de pelo negro cortado con ese estilo cuenco tan característico, quiso diez dólares por cada una. Me pareció razonable.

Vienen del Senegal, o del Caribe, de Lima, de El Salvador, o de Oaxaca, encuentran un trozo de acera y al trabajo. El mundo de

los pobres lame nuestras orillas, como la subida de la marea de un mar global y calentado.

Recuerdo que, de camino al Machu Picchu, me detuve en Cuzco a escuchar las bandas callejeras. Cuando descubrí que me había desaparecido la cámara de fotos me dijeron que a la mañana siguiente podría comprarla en la calle del mercado, detrás de la catedral. Dios Todopoderoso, ya lo creo que me cabréé. Pero quienes comerciaban con los objetos robados eran esas mujeres de Cuzco de sonrisa apocada, ataviadas con ponchos rojos y ocre. Se tocaban con bombines negros y llevaban a sus bebés a la espalda... y cuando vi a los anglosajones hurgando entre los tenderetes como si buscaran a sus difuntos extraviados, ¿cómo, mi buen Jesús, no iba aceptar la justicia de la situación?

Lo mismo me ocurrió en Astor Place, a la sombra del voluminoso edificio de piedra marrón y tejado abuhardillado del colegio de la gente de la Cooper Union, donde los pájaros remontaban el vuelo desde la plaza.

Una manzana más allá, hacia el este, en St. Marks, una tienda de artículos de segunda mano exhibía los candelabros del altar que fueron robados junto con las túnicas. A veinticinco dólares el par. Mientras estaba allí compré media docena de novelas detectivescas de bolsillo. Para aprender el negocio.

Estoy mintiendo, señor. Sólo leo esas malditas novelas cuando estoy deprimido. El detective de la novela me habla. Su pipa y sus agallas me confortan. Y su mundo es reducido y justo en sus castigos, que es más de lo que puedo decir del Tuyo.

Sé que Tú estás en esta pantalla conmigo. Si Thomas Pemberton, licenciado en Teología, está perdiendo la vida, la está perdiendo aquí, ante su Dios vigilante. No sólo presumo de que estás sobre mi hombro, o en el almidonado anglicano de mi alzacuello, o en las paredes de la rectoría, o en la frialdad de la piedra de la capilla que enmarca la puerta, sino en el cursor que parpadea...

* * *

Hicimos planes delante de uno de los grandes cuadros verdes azules de nenúfares. La cuestión es cuándo puede escaparse. Tiene dos hijos pequeños. Hay una niñera, pero lo tiene todo programado. No nos habíamos tocado, y tampoco lo hicimos al salir del museo; bajamos las escaleras y yo le paré un taxi. Al entrar me miró casi con tristeza, momento de sincera confianza que sentí como un golpe en el corazón. Era lo que yo quería, y me había aplicado para conseguirlo, pero al instante esa mirada quedó transformada en dependencia por su parte, como si hubiera jurado en secreto casarme con alguien y no estuvieran definidos los términos y las responsabilidades del enlace. Mientras el taxi se alejaba, quise correr detrás de él y decirle que todo era un error, y que me había mal interpretado. Después, sólo pude pensar en lo hermosa que era, en la fuerte complicidad que se había establecido entre nosotros, en que no recordaba haber sentido nunca una atracción tan fuerte, tan limpia, y más que estar a punto de iniciar una aventura, me imaginaba que por fin podría encontrar la salvación en una vida auténtica con esa mujer. Vive en un genuino estado de integridad que resulta casi increíble, una mujer de una gracia espontánea, sin que se le haya adherido ninguna de las toscas ideologías del tiempo.

* * *

Soy director artístico de una película y vagabundeo por la ciudad buscando localizaciones. Ubico St. Timothy's en el East Village, cerca de la Segunda Avenida, al doblar la esquina viniendo del centro ucraniano, con su restaurante y todo. Seguramente hubo aquí antes alguna iglesia digna de los blancos anglosajones protestantes. Antes de que Manhattan se desplazara hacia el

norte, hasta los espacios abiertos y más soleados que quedan por encima de la calle Catorce... St. Timothy's, episcopaliana, típica iglesia de piedra rojiza de Nueva York, hermana pequeña de la más imponente iglesia de la Ascensión de la parte sur de la Quinta Avenida. De modo que para complacer al Padre eterno he cambiado el nombre y la localización. (De hecho, hay una vieja iglesia ruinoso en la Sexta este, pero no es del color adecuado —un católico gris granito—, su torre parece más una cúpula, el rosetón está hecho añicos y la mierda de paloma forma regueros como de lluvia. Hay tres jóvenes en las escaleras: uno en medio que me observa mientras paso, los otros dos cubren los extremos de la manzana.)

Aquí, en el barrio de St. Timothy's, pasa mucha gente. En la esquina, una muchacha en camiseta, sin sujetador y con unos shorts apretados, corre sin moverse con su walkman. Un bohemio de pelo gris, ya no joven, borracho, lleva cola de caballo. Latina bajita y achaparrada, esteatópiga. Hombre encorvado en zapatillas, gorra de los Yankees, pantalones repugnantes sujetos por una cuerda. Joven negro que cruza entre el tráfico, mirada desafiante, imperioso, quiere que todos vean quién es.

El East Village aún sigue teniendo la altura de seis plantas del siglo xix. Se supone que la ciudad se deconstruye y reconstruye cada pocos minutos. Puede que eso ocurra en la periferia, pero, exceptuando Verazzano Bridge, la infraestructura ya estaba tal cual a finales de los años treinta. La última de las principales líneas de metro se construyó en la década de los veinte. Todos los puentes, túneles y casi todas las carreteras y paseos, mejorados o sin mejorar, se hicieron allá por la segunda guerra mundial. Allí donde mires puedes ver el siglo xix: el Village, el East y West, el Lower East Side, el puente de Brooklyn, Central Park, las casas adosadas e idénticas de Harlem, las fachadas de hierro del Soho...

La cuadrícula de la ciudad se planificó en la década de 1840, así que, a pesar de todo, vivimos según las decisiones de los muertos. Recorremos las calles que generaciones anteriores han pisado y han pisado y han pisado.

Pero, Jesús, sales de la ciudad un par de días y cuando vuelves vaya conmoción. Sirenas de bomberos. Bocinas de coches de policía. Los taladros de rigor perforando las avenidas. Los que corren en pantalón corto, los que van en monopatín, los mensajeros. El gemido de las puertas de autobús. Colas en la acera para ver a las estrellas en la pantalla. Todos los restaurantes completos. Bebés viniendo a la vida en las maternidades. Fachadas de edificios que se caen. Tuberías que estallan. Delitos cometidos por policías. Cada día un policía mata a un negro y coge del cuello a algún sospechoso hasta casi asfixiarlo; un puñado de agentes irrumpe en el apartamento equivocado, destrozan el lugar, esposan a las mujeres y a los niños. El departamento echa tierra sobre el asunto, el alcalde se excusa.

Nueva York, Nueva York, capital de la literatura, de las artes, de las pretensiones sociales, apartamentos en los túneles del metro. Traficantes de propiedades napoleónicas, imponentes vendedores de alfombras. Periodistas deportivos que se creen muy importantes. Estadistas retirados en Sutton Place para reescribir sus lamentables hazañas... Nueva York, la capital de la gente que gana enormes cantidades de dinero sin trabajar. La capital de la gente que se pasa la vida trabajando y acaba sin blanca y en el anonimato. Nueva York es una ciudad compuesta de municipios de extensos vecindarios de casas sin nombre, grises, donde cada día nace algún genio.

Es la capital de la música. Es la capital de los árboles desnudos.

Los emigrantes del mundo creen que aquí saldrán adelante, que aquí podrán llegar a ser algo. Tener un quiosco, una bodega,

conducir un taxi, venta ambulante. Portero o guarda de seguridad, vendedor de lotería ilegal, traficante, lo que sea. Quieres decirles que éste no es lugar para los pobres. El racismo que afecta a la ciudad afecta a nuestros corazones. Vivimos marcados étnica y socialmente por el color, somos multiculturalmente suspicaces y verbalmente agresivos, como si la ciudad como idea fuera casi insoportable incluso para los que viven en ella.

Pero puedo detenerme en cualquier esquina, en la intersección de dos calles concurridas, y ante mí discurren miles de vidas en las cuatro direcciones, al norte, al sur, al este y al oeste, a pie, en bicicleta, en patines en línea, en autobuses, en cochecito, automóviles, camiones, con el temblor del metro bajo mis pies... ¿y cómo no voy a saber que por un momento formo parte del fenómeno más espectacular del mundo no natural? Hay una especie de verdad que nunca reconocemos. Hay una deidad primordial. Pues a pesar del hastío o la indiferencia con que nos sorteamos unos a otros en los espacios públicos, dependemos de las masas que nos rodean para ser lo que somos. Puede que la ciudad se inicie en un mercado, en un establecimiento comercial en un barrio poco poblado, en la confluencia de las aguas, pero secretamente depende de la necesidad humana de caminar entre desconocidos.

Y así, todos los que pasan por esta esquina —desaliñados, gigantes, enanos, raros, gordos, o huesudos o cojos o farfullantes o de aspecto extranjero, punks que se pavonean con su pelo verde—, todas las personas amenazantes, locas, furiosas, inconsolables que veo... son neoyorquinas, es decir, tan nativas de esta diáspora como yo, y parte de nuestro gran experimento a veces fallido de una sociedad universalista que propone un mundo sin naciones donde cualquiera puede ser cualquier cosa y el carnet de identidad es planetario.

Eso tampoco significa que no deba vigilar su bolso, señora.

* * *

Miles de millones de años transcurren lentamente mientras este organismo unicelular, esta mota de corrupción, esta submicroscópica ruptura de la no-vida, evoluciona selectivamente a través del ámbito de limo y salvajismo blindado, pasa por reinos experimentales de caballos de medio metro de altura y lagartos que vuelan, entra en los triunfantes dominios de los bípedos peludos que progresan, los que tienen el índice y el pulgar frente a frente, los que saltan de la prehistoria a lo sublime bajo la forma de un insignificante adolescente en el Instituto de Ciencias del Bronx.

De los chavales brillantes que conocí en el Instituto de Ciencias cuyas mentes estaban hechas para solucionar problemas de matemáticas y deslizarse felizmente entre los abstrusos conceptos de la física, muchos eran unos gilipollas. Desde entonces me he encontrado a algunos, siendo ya adultos, y siguen siendo unos gilipollas. Es posible que las mentes científicas sean de naturaleza infantil, capaces de experimentar a lo largo de la vida el asombro y la excitación de un niño, pero carecen de verdadero discernimiento, de tristeza, se sienten demasiado satisfechas de su propio intelecto. Hay excepciones, naturalmente, como el físico Steve Weinberg, por ejemplo, de quien he leído que posee la gravedad moral que esperarías encontrar en un científico. Pero me pregunto por qué, por ejemplo, los cosmólogos y los astrónomos, por lo general, son tan propensos a buscar nombres bonitos para su universo. No es sólo que comenzara con el Big Bang. Caso de que no pueda superar su propia gravedad, se encogerá hacia sí mismo, y eso será el «Gran Aplastamiento», el Big Crunch. Caso de que le falte densidad, seguirá expandiéndose, y eso será la «Gran Congelación», o el Big Chill. La inexplicable materia oscura que debe necesariamente existir debido al comportamiento de los perímetros galácticos, está formada de neutrino o de par-

tículas masivas débilmente interactivas, conocidas como wimps.¹ Y los halos de materia oscura que se ven alrededor de las galaxias son halos compactos y masivos, o machos.

¿Se burlan de sí mismos estos tipos tan inteligentes? ¿Se trata de un humor que practican por modestia, igual que los ingleses se denigran a sí mismos cuando hablan por hablar? ¿O se trata de valor bajo el fuego, esa estudiada indiferencia de las trincheras mientras les llegan los disparos metafísicos?

Creo que simplemente no acaban de entender qué es lo sagrado. Creo que el sacerdote iletrado y loco de una religión prehistórica que arranca el corazón de una víctima viva y lo sostiene aún latiendo en sus dos manos ensangrentadas... tiene quizá más discernimiento.

* * *

Atraco

Martes por la noche

Subo a Lenox Hill a ver a mi enfermo terminal. Las ambulancias aparcen en la zona de emergencia con sus luces estroboscópicas que pitan y ciegan. Antes, en los hospitales había carteles de silencio. Los coches de los médicos aparcados en doble fila, pacientes atados con correas en camillas aparcadas en doble fila sobre la acera, la joven y apuesta población activa del Upper East Side que sale del metro.

1. Mantenemos la abreviatura inglesa de *weakly interactive massive particles* porque *wimp* se refiere a una persona débil, inútil o estúpida. En cuanto a lo de macho, es la abreviatura inglesa de *massive compact halo object*. (N. del T.)

Las luces se encienden en los edificios de apartamentos. Ojalá estuviera subiendo en ascensor hasta uno de esos elegantes apartamentos de una habitación... donde una agradable joven que ha vuelto a casa después de su interesante trabajo espera a que yo llame al timbre... descorcha el vino, canturrea, no lleva sujetador.

En el vestíbulo iluminado de fluorescentes, una paciente multitud espera la hora de visita con bolsas y fardos y bebés que se retuercen en el regazo. Y esa profesión que es la plaga de nuestro tiempo, el guarda de seguridad, en sus diversas e indolentes versiones.

La habitación de mi enfermo terminal está cerrada con una advertencia de zona restringida. La empujo, todo sonrisas.

¿Tienes medicina, padre? ¿Vas a ponerme bien? Entonces vete a tomar por culo. Lárgate, no necesito tus chorradas.

Todo lo que queda de él son unos enormes ojos. Un húmero apunta el mando a distancia como si fuera una pistola, y en la tele suspendida en lo alto la chica sonriente hace girar la noria.

Mi visita pastoral curativa concluyó, recorrí el pasillo, donde varios negros muy bien vestidos esperan delante de una habitación privada. Llevan regalos. Me llega un olor que no es de hospital... aroma de pastel de fruta aún caliente del horno, sopas, asado en su punto. Me pongo de puntillas. ¿Quién es esa? A través de las flores, como en un Gauguin, una hermosa negra de tez clara incorporada en la cama. Porte real, cabeza enturbantada. No distingo las palabras, pero su voz profunda y melodiosa al orar sabe de qué habla. Los hombres sostienen el sombrero en la mano y tienen la cabeza inclinada. Las mujeres llevan pañuelo blanco. Al salir, le pregunto a la enfermera de la planta. Dos veces al día se ponen a cantar, dice. Aquí arriba tenemos a todo Sión. Lo único bueno es que desde que entró la hermana no tengo que comprar nada para cenar. Ayer me llevé a casa unas chuletas de cerdo al horno. No se creería lo buenas que estaban.

* * *

Otra que tiene problemas con mis chorradas es la viuda Samantha. En su nuevo dúplex que mira al río hasta el anuncio de Pepsi-Cola, ha estado leyendo el libro de Pagels sobre los inicios del cristianismo.

Todo era política, ¿verdad?, me pregunta.

Sí, le digo.

De modo que ahora tenemos lo que tenemos por culpa de los que ganaron.

También hay que añadirle la Reforma, pero bueno, sí.

Se reclina. De modo que todo es una invención.

Sí, digo, tomándola entre mis brazos. ¿Y sabes que funcionó durante muchísimo tiempo?

Solía intentar hacerla reír en los bailes de Brearley. No lo conseguía entonces, tampoco ahora. Una melancólica nata, Sammy. El marido muerto, un accesorio.

Pero era casi la única de mis antiguos camaradas que no pensaba que yo estaba desperdiciando mi vida.

El pelo espeso y ondulado con la raya en medio. Unos ojos oscuros y centelleantes un poco demasiado separados. Una figura no corriente, falta de tono, gloria a Dios en las Alturas.

Desde la comisura de sus labios carnosos, la lengua asoma y lame una lágrima.

Y entonces, Jesús, la sorprendente condolencia de su beso húmedo y salado.

Para el sermón

Empezar con la escena del hospital, esas personas buenas y piadosas rezando junto a la cama de su ministro. La humildad de

esas gentes, su fe resplandeciendo como luz a su alrededor, me provoca tal anhelo... de compartir su confianza.

Pero entonces me pregunto: ¿ha de ser ciega la fe? ¿Por qué ha de derivar de la «necesidad» de la gente de creer?

Todos nosotros somos tan dignos de lástima en nuestro deseo de librarnos de nuestras cargas que abrazaremos el cristianismo o cualquier otra afirmación de la autoridad de Dios. Mira a tu alrededor. La autoridad de Dios nos reduce a todos, estemos donde estemos en el mundo, sea cual sea nuestra tradición, a una sumisión implorante.

¿Dónde hay que hallar la verdad, entonces? El ecumenismo es políticamente correcto, pero ¿cuál es el caso? Si la fe es válida en todas sus formas, ¿sólo hacemos una elección estética cuando elegimos a Jesús? Y si dices «No, claro que no», entonces hemos de preguntarnos: ¿quiénes son los benditos elegidos que recorren el auténtico camino hacia la salvación... y quiénes son los descarriados? ¿Podemos saberlo? ¿Lo sabemos? Pensamos que lo sabemos... claro que pensamos que lo sabemos. Pero ¿cómo distinguimos nuestra verdad de la falsedad de otro, nosotros los de la fe verdadera, excepto por la narración que más nos gusta? Nuestra narración de Dios.

Pero amigos míos, yo os pregunto: ¿es Dios un relato? ¿Podemos, cada uno de nosotros, examinar nuestra fe —me refiero a su puro centro, no a sus consuelos, sus costumbres, sus sacramentos rituales—, y podemos seguir creyendo en el centro de nuestra fe que Dios es nuestra fábula de él? ¿Podemos seguir suponiendo que contenemos a Dios en nuestra narración cristiana, que Lo circunscribimos, que Lo retenemos, al autor de todo lo que podemos concebir y de todo lo que no podemos concebir... en «nuestra» narración de «Él»? ¿De «Ella»? ¿de quién? ¿De qué, en el nombre de Cristo, creemos estar hablando!

Miércoles a la hora del almuerzo

Bueno, padre, creo que te has librado de otro zumbado.

¿Cómo consigues la información, Charley? Mi pequeño diácono, quizá, ¿o mi maestro de capilla?

Hablemos en serio.

No, de verdad, a no ser que hayas puesto micrófonos en St. Timothy. Porque, Dios lo sabe, aquí no hay nadie más que yo. Dame una parroquia en la zona residencial, venga, allí donde el metro no haga temblar las vigas del techo. Dame uno de esos lugares turísticos de la periferia del centro de Dios donde los devotos son ricos y famosos y sabrás quién es el zumbado.

Y ahora escucha, Pem. Esto es indecoroso. Haces y dices cosas que son... preocupantes.

Mira ceñudo su pescado a la plancha como si se preguntara qué está haciendo allí. Su bien elegido Pinto Grigio queda descaradamente postergado cuando da un sorbo de agua helada.

Dime de qué debería hablar, Charley, sino de poner a prueba nuestra fe. Mis cinco parroquianos son personas serias, pueden soportarlo.

Deja el cuchillo y el tenedor encima de la mesa, pone en orden sus pensamientos. Siempre has sido un hombre con ideas propias, Pem, y en el pasado te he admirado en secreto por la libertad que has sabido encontrar dentro de la disciplina de la Iglesia. Todos te hemos admirado. Y en cierto sentido has pagado por ello, los dos lo sabemos. Con tu inteligencia y tu talento, teniendo en cuenta la conmoción que causaste en Yale, probablemente deberías haber sido mi obispo. Pero en otro sentido es difícil hacer lo que yo hago, ser la autoridad para personas como tú siempre es arduo.

¿Para gente como yo?

Por favor, piensa en ello. Poco a poco te has ido dando tono, has adquirido un orgullo intelectual, algo que no está bien.

Sus ojos azules miran los míos de manera desarmante. Un mechón de pelo juvenil, ahora gris, le cae sobre la frente. A continuación, su famosa sonrisa le aparece un momento en la cara y al momento se desvanece, tras haber desempeñado el papel de mueca de distracción de una mente administrativa.

Lo que sé de estas cosas, Pem, lo sé bien. La autodestrucción no es un acto, ni siquiera un tipo de acto. Puede comenzar como algo pequeño y parecer insignificante, pero a medida que gana impulso es el hombre completo el que se deshace en todas direcciones, en los trescientos sesenta grados.

Amén a eso, Charley. Supongo que no hay tiempo para un expreso doble, ¿verdad?

Oh, y esta otra frase: No tenemos ni idea de lo que pasa en tu interior, padre. Pero estoy casi del todo seguro de que no aprovechas la fuerza de que dispones.

Puede que eso sea cierto, obispo, debería haber dicho. Pero al menos no hago sesiones de espiritismo.

* * *

Esta tarde, dos golpes suaves en la puerta. Al principio me sentí incómodo. Ella miraba mis libros, los grabados de las paredes, mi habitación. Sólo bebió agua del grifo. Subyugado por su serenidad, yo no tenía gran cosa que decir. Entró en el dormitorio y cerró la puerta. Todo era silencio. Finalmente entré yo. Estaba en la cama tapada hasta la barbilla. Se mostró veleidosa, reacia, me apartó la cara cuando quise besarla. Tuve que obligarla. Tuve que sujetarla para que hiciera lo que había venido a hacer.

Después fue como si me encontrara tendido en la calidez

azul y verde del estanque de Monet, sintiendo los nenúfares húmedos pegados a mi piel.

Atraco

Viernes

Y ese perro viejo de Tillich, Paulus Tillich, ¿cómo elaboraba sus sermones? Elegía un texto y le sacaba todo el jugo. Husmeaba las palabras, las sobaba con sus patas: ¿Qué es un demonio, cuando piensas en ello en profundidad? ¿Dices que quieres salvarte? ¿Qué significa eso? Cuando rezas por la vida eterna, ¿qué crees que estás pidiendo? Paulus, el filólogo de Dios, ese Merriam-Webster de los doctores en Teología, ese pastor... alemán. El suspense en que nos mantenía, llevándonos al borde del secularismo, agitando los brazos. Por supuesto que cada vez nos salvaba. Nos apartaba del abismo y luego estábamos perfectamente, de vuelta con Jesús. Hasta el siguiente sermón, la próxima lección. Porque si Dios va a pervivir, han de pervivir las palabras de nuestra fe. Las palabras han de renacer.

Oh, cómo acudíamos en tropel a escucharle. Cada vez se matriculaba más gente.

Pero eso fue entonces y esto es ahora.

De vuelta al cristianismo, Paulus. La gente vuelve a nacer, no las palabras. Puedes verlo en televisión.

Sábado por la mañana

Siguiendo su intuición, el detective teólogo se acercó hasta el distrito donde venden material para restaurante, en el Bowery,

debajo de Houston: mesas de vapor de segunda mano, congeladores despensa, parrillas, fregaderos, cazos, *woks* y cajones de cubertería. En la parte de atrás de la Taipei Trading Company estaba el antiguo frigorífico de gas con la marca de la suela de mi zapato en la puerta, de aquella vez en que le di una patada porque no cerraba. Hacía tan poco que lo habían adquirido que aún no llevaba la etiqueta de venta. Y en uno de los departamentos de platos usados, el juego de té de nuestra despensa, con ese ribete verde, regalo de las difuntas damas de la asociación.

Prácticamente dijo el precio que pensaba pagarle, Señor. Y entrega gratis. Un robo.

Noche

Voy hasta Tompkins Square, encuentro a mi amigo el traficante en su banco.

Esto se ha de acabar, le digo.

Hombre, no te enfades.

¿No lo estarías tú?

No me gustan los curas que conozco.

Pensaba que teníamos un acuerdo. Pensaba que había un respeto mutuo.

Y lo hay. Siéntate.

Los gorriones revolotean por los bancos en el crepúsculo.

Te dije que estabas perdiendo el tiempo, pero he preguntado por ahí como te dije que haría. Nadie de por aquí ha entrado en St. Tim.

¿Nadie de por aquí?

Exacto.

¿Cómo puedes estar tan seguro?

Éste es territorio regulado.

¡Regulado! Eso sí que es gracioso.

¿Quién está faltando al respeto ahora? Estamos hablando de mi parroquia. La iglesia de la Dulce Visión. Confían en mí, ¿lo entiendes? Se me conoce por mi compasión. Nadie me miente. Ha sido gente de fuera del barrio, eso es lo que te digo.

Diablos. Supongo que tienes razón.

Ningún problema. Se abre el maletín: Aquí tienes mi combinado especial. Gratis. Relájate.

Gracias.

Prueba de mi afecto.

Lunes por la noche

Esperé en el balcón. Si algo se movía, simplemente apretaría el botón y mi Bearscaer Superbeam de seis voltios impactaría en el altar a trescientos mil kilómetros por segundo: la misma velocidad de crucero que el dedo de Dios.

Las farolas ámbar para la prevención del crimen de la mañana convierten mi iglesia en un perfecto lugar para delinquir en el interior. Insinuaciones de una especie de sustancia aérea alquitranada en los espacios abovedados. Las figuras del vitral amarillean en una chillona obsolescencia. ¿Durante cuántos años esta iglesia ha sido un hogar para mí? Pero todo lo que tenía que hacer era quedarme sentado en la parte de atrás durante horas para comprender la verdad de su imperturbable indiferencia. Cómo cruje un banco de roble. Cómo una sirena de policía al pasar en sus dos tonos Doppler es como una crisis labrándose en las paredes de piedra.

Y luego, Señor, lo confieso, eché una cabezada. El padre Brown jamás lo habría hecho. Pero entonces hubo ese estrépito, como si alguien hubiera dejado caer un montón de platos. De

nuevo la despensa... me había imaginado que irían al altar. Bajé corriendo las escaleras, esgrimiendo mi Superbeam como si fuera un palo. Creo que estaba gritando. Como en «¡Adelante, por Tommy, Inglaterra y St. Tim!». ¿Cuánto rato había dormido? Me quedé en el umbral, encontré el interruptor, y entonces, cuando enciendes la luz, el único sentido que funciona es el del olfato: hachís en la despensa vacía. Olor corporal de hombre. Pero también el penetrante y sanguinario olor de la feromona femenina. Y algo más, algo más. Puede que carmín, o caramelo.

Las vitrinas de los platos: algunos cristales hechos añicos, tazas y platillos rotos en el suelo, una taza aún balanceándose.

La puerta del callejón estaba abierta. Tuve la sensación de que algo se movía ahí fuera. Un ruido profundo y metálico me sube por los talones. Alguien maldice. Soy yo, enredando con el maldito reflector. Hago oscilar el haz de luz y veo una sombra que se alza con distinción, algo con ángulos agudos en el instante transcurrido al doblar la esquina.

Vuelvo corriendo a la iglesia y dejo que brille mi pequeña luz. Detrás del altar, donde debería estar la cruz de latón, estaba la sombra de Tu crucifijo, Señor, en la pintura aún no descolorida que delataba el mal gusto de mi predecesor.

* * *

Lo que dijo el detective de verdad: Hágame caso, padre. Llevo años en este distrito. Entrarán en una sinagoga a robar el *comosellame*, la Torá. ¿Porque está escrito a mano? ¿Porque no es un producto hecho en serie? Sacarán como mínimo cinco mil pавos. Mientras que el valor de su cruz es cero. Nada. No quiero faltarle al respeto, estamos emparentados, yo soy católico, voy a misa, pero en la calle eso no es más que un trozo de metal. ¡Jesús! Menuda panda de psicópatas.

Martes

Fue un error hablar con el *New York Times*. Un joven tan simpático. No entendía nada hasta que se llevaron la cruz, le dije. Pensaba que no eran más que unos drogadictos que querían unos pocos dólares. Quizá ni ellos mismos lo entendían. ¿Que si estoy enfadado? No, estoy acostumbrado a que me roben. Cuando mi diócesis canceló mi programa de dar de comer a los pobres y lo fusionó con uno que funciona en toda la ciudad, perdí casi toda mi parroquia. Eso sí fue un atraco a mano armada. Y ahora estas gentes, quienesquiera que sean, se han llevado nuestra cruz. Al principio me molestó. Pero ahora empiezo a verlo de otra manera. Quienquiera que se llevara la cruz tenía que hacerlo. ¿Y no es eso algo bienaventurado? ¿No va Cristo donde le necesitan?

Miércoles

Suena el teléfono. Un obispo moderadamente furioso. Pero también promesas de apoyo, cheques a raudales. Incluyendo algunos de los antiguos camaradas, amigos ahora de mi querida esposa, a quienes mi dicción les parecía curiosa, como oír a Mozart con instrumentos de época. Tommy tocará ahora unas devociones con su viola da gamba. Cuento hasta novecientos y cambio aquí. ¿He dado con un nuevo chanchullo? Te lo digo, Señor, estas gentes no se saldrán con la suya. ¿Qué se supone que he de hacer, poner una alambrada de espinos? ¿Envolver mi iglesia como si fuera el Reichstag?

También han venido los de las noticias de la tele. Lllaman a mi puerta. ¡Socorro, socorro! Abriré la ventana que hay detrás de este escritorio, saltaré ágilmente al solar lleno de escombros, pasaré bajo la ventana de la gimnasia extática, donde la señora

de grandes corvejones camina sobre la cinta, y desapareceré. Muchísimas gracias, sección Metro.

Justamente... el esquivo e invisible —y hasta ahora sólo deducido— neutrino tiene una masa detectable. ¿Cómo se ha verificado? Existe este culto de los físicos del neutrino, y por todo el mundo están construyendo enormes tanques para meter agua pesada: en el interior de las montañas, bajo el mar Egeo, en el fondo del lago Baikal de Siberia, en túneles bajo los Alpes, debajo del casquete glaciar antártico... para poder ver volar los neutrinos, que se deslizan tan fácilmente, con tan poco esfuerzo a través del diámetro de la Tierra, como murciélagos en la noche aleteando detrás de tus orejas y levantándote mechones de pelo con el viento de sus alas... y para detectar con poderosos sensores de luz el minúsculo voltaje emitido por los neutrinos al sumergirse en los oscuros tanques gigantes de agua pesada pura... Hay quien dice que Enrico Fermi ya concibió que el neutrino tenía que existir. Podía haberle dado su nombre, pero, desconocido para todos menos para mí, el neutrino fue descubierto en el Instituto de Ciencias del Bronx, en la sala de estudios, una tarde de 1948, cuando ese chaval gordo y gilipollas, Seligman, me pidió prestados mis deberes de álgebra para copiarlos, y en pago me concedió el privilegio de informarme de que había demostrado la existencia de una partícula subatómica que no poseía ninguna propiedad física. Estaba tan excitado que me roció de saliva; fue algo muy desagradable. Por otro lado, a los dos nos pusieron un diez por nuestros deberes.

Bueno, pues si el neutrino es, después de todo, algo con masa e inmensamente presente en todo el universo, bueno... ¿no debería eso definir la materia oscura? ¿Y no sugiere eso que el espacio no está vacío, que no es sólo la distancia entre los objetos, sino él

mismo una sustancia con atributos... y que mucho más allá de nuestras facultades sensoriales, al igual que nos ocurre con los silbatos para perros y los fantasmas, a pesar de nuestro cientifismo de pacotilla, comenzamos a comprender que estamos sólo al comienzo? Quiero decir que, si el universo posee tal masa, ¿dejará inevitablemente de hincharse? Habrá un momento de paz, un universo en marea muerta, todo quieto, y entonces, con un ligero gruñido y un leve crujido, comenzará su fase de encogimiento, lentamente y luego más rápido, y se succionará hacia sí mismo. ¿Y entonces qué? Tanto da el Gran Aplastamiento. ¿Qué habrá dejado? ¿Un vacío? ¿Nada? ¿Cómo es posible la nada! Eso era lo que Leibnitz quería saber: ¿Cómo, decía, puede existir la nada? ¿Y si los neutrinos, en su incontable multitudinaria materia oscura que gravitacionalmente dirige el universo... son las almas de los muertos? ¿Alguna vez se han parado a pensarlo las celebridades del Instituto de Ciencias del Bronx?

Dios, creo que me estoy volviendo loco.

* * *

El Midrash Jazz Quartet toca temas clásicos

ME AND MY SHADOW²

*Me and My shadow,
Strolling down the avenue.*

2. yo y mi sombra. Yo y Mi sombra, / Bajamos por la avenida. / Yo y mi sombra / Ni un alma a quien contar nuestros pesares... / Y cuando dan las doce / Subimos las escaleras / Nunca llamamos / Porque ahí nunca hay nadie. / Sólo yo y mi sombra / Solitarios y tristes. (N. del T.)

*Me and my shadow
Not a soul to tell our troubles to...
And when it's twelve o'clock
We climb the stair
We never knock
For nobody's there
Just me and my shadow
All alone and feeling blue.*

La canción habla de alguien ensombrecido por la soledad
Quizás el que la cantaba era una sombra de sí mismo
Igual podría cantar: «Yo y el yo que es una sombra
de mí,

Estamos en esta avenida sin nombre,
A la vista no hay nadie,
Deben de estar bajo el manzano
Nos han dejado la maldita ciudad a mi sombra
y a mí».

Está diciendo que la Caída del Hombre es amargura:
«No oigo más pisadas que las mías
Y la avenida baja en línea recta
entre altos edificios

Durante millas y millas, y los semáforos se ponen verdes
Y los semáforos se ponen rojos,
Como si eso importara, como si fueran taxis
y camiones y coches y autobuses

Parachoques con parachoques, un follón de mil demonios
De bocinas sonando, policías soplando sus silbatos,

Un caudal de gente, almas en torbellino

La avenida se extiende hasta donde tu vista alcanza

y hay en ella millones de personas y ninguna soy yo.
Pero eso no es lo que veo. Estoy solo

Proyecto mi sombra sobre la acera soleada
Me apresuro por la calle de mi esclavitud
 encadenado a mi sombra, hueso con hueso».
Y entonces el cantante oye cómo el reloj da las doce:
 ¿es mediodía o medianoche?
¿Es el fin de los tiempos, el fin del tiempo
 de Su paciencia?
El camino hacia el cielo del cantante es una puerta abierta
 en el espacio.
Y piensa: Si no hay cielo
 más allá de esta puerta...
Si no hay nada más para este pobre mortal,
 ¿para qué me han traído aquí?
¿Para qué sirve esta vida?

(Tímidos aplausos)

Pero pensad por un momento lo que presagia
 una sombra
El Sol está en su cielo,
 eso es lo que significa,
Puede que éste no sea el mundo que te gustaría
Pero es el mundo de Dios, hay bondad hay pecado
Tenemos que aprender la diferencia
 una y otra vez
Tu sombra es la luz del Buen Dios que no puede
 atravesarte,
Eres denso, eres opaco
Algo deberías deducir
 de ello, ¡por amor de Dios!
¿A las doce en punto acaba mi tiempo?
¡Sé que subiré la escalera que lleva
 al cielo!

Los oiré decir: ¡No os molestéis en llamar,
la puerta está abierta!
Sentiré Su cálida luz celestial derramándose sobre mí
¡Y luego me volveré y mi sombra habrá desaparecido!
¡Enviada de nuevo a traer consigo otra alma!
Oh día feliz en que la campana empieza a repicar
por todas las pobres almas del mundo...
¡Te digo que no estarán tristes
Cuando averigüen que es Su gloria el lugar
al que se dirigían!

(Aplausos entusiastas)

El cantante está diciendo: «De todos los pesares que he visto
El peor y más terrible es el de no tener
a nadie a quien contarle mis pesares».
De hecho está diciendo: «Ningún pesar tendría
Si alguien que no fuera yo me escuchara».
Ésta es una triste canción de amor perdido
Que recuerda una época de antigua felicidad
Cuando él y su pareja eran guapos y elegantes
y disfrutaban de pasear en sus días de asueto
Mientras que ahora sólo tiene su pálida sombra
por compañía.
Y no es que no sea una escena festiva
todo en color, vivo y canturreando
en compañía de otras parejas guapas y elegantes
en su paseo del sabbat bajo las banderas
al calor del sol de la mañana
Por lo que a lo mejor es una procesión de Pascua
de la población de la ciudad.
En absoluto. El resto de la ciudad ha salido
con sus mejores galas.

Mientras que él, que entona un canto fúnebre
por el amor perdido de su alma
Solo, independiente, es atonal,
disonante.

Y cuando llega al destino
de todos los seres ensombrecidos,

El más silencioso y misterioso
de los edificios,

Antes de poder llamar la puerta se abre

Y él entra en la oscuridad
de la sombra proyectada por Dios.

Y el cantante tiene que reconocer,
mientras traspasa el umbral:

«A Su sombra no soy nada, ni siquiera tengo
ya sombra».

(Unos pocos aplauden)

*Shadow me,³
shadow you,
what's a shadow gonna do...
Up at dawn,
hides at noon,
evening comes does the moon
Go to ground,
make no sound,
mourners done,
shadow's gone.*

3. Ensombrecerme a mí, / ensombrecerte a ti, / es lo que hará / esta sombra... /
Alargada al alba, / se esconde al mediodía, / llega la noche / y entonces la Luna / Va y
desaparece, / sigilosamente, / se acaba el duelo, / la sombra se fue. (N. del T.)

¿Y si no hay cielo, sino sólo una puerta?
Ya no tengo sombra...
No conocemos la gloria hacia la que nos encaminamos...
Se fue, la sombra se fue.

*Me and My shadow,⁴
Strolling down the avenue.
Me and my shadow
Not a soul to tell our troubles to...*

(Entusiasmo desatado)

* * *

Que el universo, incluyendo nuestra conciencia de él, naciera de pura chiripa, que este universo oscuro de incalculable magnitud haya sido accidentalmente generado por sí mismo... es incluso más absurdo que la idea de un Creador.

Einstein fue un físico al que no le molestaba en absoluto la idea de un Creador. Tenía la costumbre de llamarle Dios *el Viejo*. Así es como llamaba a Dios, *el Viejo*. Como escritor, Albert no era un estilista, pero escogía sus palabras por su precisión. De una manera u otra, Dios es muy viejo... porque los arqueólogos de los años cincuenta descubrieron un osario sagrado en una cueva de neanderthales en la costa tirrena de los Campos Pontinos, al oeste de Italia. Encontraron el cráneo de un varón enterrado dentro de un círculo de piedras. Habían cortado el cráneo desde la mandíbula y la frente y lo habían utilizado como cuenco para beber. Así de viejo es Dios. Por lo que Einstein tenía ra-

4. Yo y Mi sombra, / Bajamos por la avenida. / Yo y mi sombra / Ni un alma a quien contar nuestros pesares... (N. del T.)

zón... Y es «Uno»...⁵ porque Dios, por definición, todo lo abarca y es induplicable, y también porque no tiene género. De modo que la frase es muy exacta: el Viejo. Tampoco es que revele gran cosa, claro. Albert consideraba que su tarea como físico era seguir la pista de Dios, como si Dios viviera en la gravedad, o viajara entre la fuerza nuclear débil y la fuerza nuclear fuerte, o se le pudiera ver de vez en cuando moviéndose indolente a una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo... no exactamente el Dios ocupado en asuntos terrenos al que la gente reza o pide cosas, pero diablos, es un principio, es algo, si no todo lo que tenemos si queremos ser consecuentes.

* * *

Atraco

Miércoles

Trish daba una cena cuando he llegado. El encargado del catering que me ha dejado entrar pensaba que yo era un invitado que llegaba tarde. Ahora que lo pienso, yo miraba al frente cuando he entrado en el comedor, una milésima fracción de segundo, ¿de acuerdo? Sin embargo lo he visto todo: la plata, las flores del centro de mesa. Ternera marinada a las finas hierbas. Château Latour en las jarras de Steuben. Oh, menudo derroche. Dos de los candidatos presentes: el diplomático francés en las Naciones Unidas, y ese joven genio de la inversión inmovi-

5. En inglés, para sustantivar el adjetivo «viejo» han de añadir el sustantivo «uno». Es decir que el Viejo es *The Old One*. Por ello justifica el autor que sea «viejo» y «uno». (N. del T.)

liaria. Las apuestas se inclinan a favor del francés. Todos los demás son extras. Es asombroso el ruido que pueden hacer diez personas en torno a una mesa. Y en esa misma milésima de segundo a la luz de las velas, la mirada de Trish sobre el borde del vaso cerca de sus labios, esos pómulos, la mirada irónica de sus ojos azules, sus cabellos blancos con mechas. Esa fracción de instante que ha sido mi traspaso del umbral era todo lo que ella necesitaba desde el otro extremo de la mesa para ver lo que había que ver de mí, para comprender, para saber por qué había entrado en su casa sin estar invitado. Pero ¿no es terrible que, ahora que ha acabado todo entre nosotros, las sinapsis sigan activándose de manera coordinada? ¿Qué tienes que decir a eso, Señor? Todos los problemas que tenemos Contigo y ni siquiera somos capaces de enfrentarnos a tus pequeñas perversidades. Lo que quiero decir es: ¿cuándo un instante sigue siendo el amplio y saltarinamente vivo portador de toda nuestra inteligencia? Y es la misma estúpida biología cuando, aunque emocionado por otra mujer, las puntas de mis dedos se dan cuenta de que no es Trish.

Pero el comedor era lo de menos. Hay un largo paseo desde el vestíbulo hasta la habitación de invitados cuando las chicas vienen a casa el fin de semana.

Estoy funcionando con la batería, Señor, y me he olvidado el transformador. Y estoy agotado... perdóname.

* * *

En el correo electrónico

«Querido padre: si quiere saber dónde está su cruz vaya al 2.531 de la 168 oeste apt. 2º, donde el padre santero lanza las conchas y corta cuellos de pollo.»

«Querido reverendo: somos dos misioneras de la Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días (mormonas) asignadas al Lower East Side de Nueva York...»

«Querido padre: formo parte de un grupo de vecinos de la cercana Nueva Jersey que hemos hecho el Sagrado Juramento de defender esta República y el nombre de Nuestro Señor Jesucristo de los intrusos infieles alienígenas allí donde puedan aparecer, aunque procedan del gobierno federal. Y me refiero a defender con habilidad, pericia organizativa y lo único que entienden estas personas, El Rifle que tenemos la prerrogativa de esgrimir como americanos blancos y libres...»

* * *

Esta tarde, mientras estábamos en la cama Moira y yo, me ha hablado de su vida: creció en una familia de clase trabajadora de Pensilvania. Fue a la Universidad Estatal de esa ciudad durante dos años antes de dejarlo y marcharse a Nueva York. Su idea era trabajar en el mundo editorial, pero tuvo que conformarse con un empleo temporal en las oficinas de una empresa. Fue allí donde su futuro marido, el director ejecutivo, se fijó en ella. Yo ya conocía el resto de la historia: la ascendió a secretaria, salió con ella un par de veces, le propuso que se casaran, y se separó de su mujer, con la que llevaba veinte años casado. Entre los directores ejecutivos te encuentras de manera invariable con que la vida son negocios. Existe una crueldad operativa que se considera como un derecho adquirido. En otra época, de polainas y sombreros de copa, habría ido al teatro y elegido a una chica del coro. Hoy en día somos más discretos, tenemos cultura, en las paredes de las oficinas cuelgan obras artísticas de verdad, en las cenas que ofrecemos siempre hay algún novelista o un cineasta. Sabemos quién era Wittgenstein.

Por su parte, Moira cortó el nimio lazo que la unía con su familia al no invitarlos a la boda.

Y ésta es la genealogía de su serena certeza, y de su encantadora actitud de no sentirse nada impresionada al estar entre ellos, que los hombres y mujeres de nuestro grupo, incluido yo mismo, encontramos tan fascinante.

Me siento decepcionado no por ella, sino por las apariencias: por lo reales que pueden ser en mi América. No siento animadversión hacia su marido, apenas lo conozco. Es una importante figura en el mundo de los negocios, y a menudo lo mencionan en los artículos de economía. Ella ha dicho que es un niño que precisa incesante admiración y elogio. Moira se preocupa constantemente por su posición en el mundo de los negocios, tiene que escuchar sus angustiadas crónicas de asuntos que realmente no entiende y sufrir sus bruscos cambios de ánimo, que van desde la vanidad y el orgullo a una quejumbrosa inseguridad. Le asaltan miedos indescriptibles, tiene sudores nocturnos, y a menudo expresa su temor de que todo lo que ha construido, todo lo que posee, se lo arrebaten algún día. Incluyéndome a mí, ha dicho Moira a modo de conclusión.

Se ha vuelto hacia mí. Estaba sonriendo. Incluyéndome a mí, ha vuelto a decir, susurrando y metiéndome la lengua en la oreja.

* * *

Cuando una canción se convierte en un clásico, puede reproducirse a sí misma a partir de una de sus partes constituyentes. Si recitas las palabras oírás la melodía. Canturrea la melodía y las palabras se formarán en tu mente. Ello es indicativo de una capacidad autorreferencial fuera de lo común: el equivalente físico sería la regeneración de las extremidades, o la clonación de un ser vivo a partir de una célula. Las canciones clásicas de todos

los períodos de nuestras vidas permanecen en nuestras mentes como un índice de referencias cruzadas, y pueden ser evocadas en parte o en su totalidad, y a veces acuden al pensamiento sin invitación. No existe otra cosa que evoque con tanta fuerza ni tan repentinamente el aspecto, el tacto, el olor de los tiempos pasados. Nos servimos de las canciones clásicas en la intimidad de nuestras mentes como significantes de nuestras acciones y relaciones. Pueden ser un medio barato de introspección terapéutica. Si, por ejemplo, estás profundamente enamorado de una mujer y piensas en ella y te mueres de ganas de volver a verla, presta atención a la tonada que estás canturreando. ¿Se trata de «Una de tantas»? Lo vuestro no durará mucho.

* * *

Atraco

Ayer, lunes

Buzón de voz de un tal rabino Joshua Gruen de la Sinagoga del Judaísmo Evolutivo de la calle Noventa y Ocho Oeste: Creo que le interesará que nos veamos lo antes posible. Está claro que no es un chiflado. Cuando le llamo se muestra cordial pero se niega a responder a las preguntas por teléfono. Pues muy bien, esto es lo que hacen los detectives, Señor, investigar. Parecía un joven serio. Para una conversación entre religiosos, ¿alzacuello o de paisano? Voy a buscar el alzacuello.

La sinagoga es un edificio de piedra rojiza entre la avenida West End y Riverside Drive, unas empinadas escaleras de granito llevan hasta la puerta. Deduzco que el Judaísmo Evolutivo incluye aeróbic. Confirmado cuando me dejan entrar. Joshua (mi nuevo amigo) es un esbelto joven de uno setenta y cinco con sud-

adera, tejanos y deportivas. Me estrecha la mano con fuerza. Debe de tener treinta y dos, treinta y cuatro años, buena barbilla, una frente de curva perfecta. No lleva gorro sobre el pelo, negro y ondulado.

Un salón reformado y una salita con un arca en un extremo, una mesa tarima para leer la Torá, estanterías con libros de oraciones, unas pocas hileras de sillas plegables, y ya está, eso es la sinagoga.

Segunda planta: me presenta a su mujer, que está hablando por teléfono y deja el auricular sobre la mesa, se levanta del escritorio para estrecharme la mano —ella también es rabino—, Sarah Blumenthal, vestida con blusa y pantalones de sport, una hermosa sonrisa, pómulos salientes, nada de maquillaje, no lo necesita, pelo claro corto, gafas de abuela, Dios de mi corazón. Es una de los rabinos ayudantes en el templo Emanuel. ¿Y si Trish llevara el alzacuello y celebrara la eucaristía conmigo? Muy bien, reíd, pero no es divertido pensar en ello, no me hace ninguna gracia.

Tercera planta: me presentan a los niños, dos chicos de dos y cuatro años, en su hábitat nativo de paredes de colores primarios con animales disecados. Se agarran a la falda de su niñera guatemalteca, a la que me presentan como un miembro más de la familia...

En la pared del fondo del descansillo de la tercera planta hay una escalera de hierro. Joshua Gruen sube, abre una trampilla, trepa al exterior. Un momento después, su cabeza se recorta en el cielo azul. Me hace una seña para que suba, al pobre Pem sin resuello, agotado por el estrés y embelesado... tan decidido a que crea que subo sin esfuerzo, no pienso en otra cosa.

Por fin estaba de pie en la azotea, las viejas casas de apartamentos de la avenida West End y Riverside Drive se erguían sobre este edificio de tejados de piedra rojiza con chimeneas, e in-

tenté contener el aliento mientras sonreía al mismo tiempo. El sol otoñal tras las casas de apartamentos y la brisa del atardecer procedente del río acariciaba mi cara. Sentía la euforia y el leve vértigo de estar en el tejado... y hasta que la mirada perpleja, francamente inquisitiva, del rabino no me preguntó por qué pensaba que me había llevado allí, no se me ocurrió pensar qué sentido tenía que hubiéramos subido. Con las manos en los bolsillos señaló con la barbilla en dirección a la fachada que daba a la calle Noventa y ocho, donde, tendida sobre el tejado negro e impermeabilizado con alquitrán, la cruz de dos metros y medio de latón hueco de St. Timothy's, iglesia episcopaliana, yacía sucia y reluciente al sol del otoño. Su brazo horizontal había sido colocado paralelo a la fachada del edificio y el vertical se apoyaba contra el frontón de granito.

Supongo que lo había sabido desde el momento en que oí la voz del rabino, pero también por el correo electrónico anónimo que había recibido. Me agaché para ver mejor. Sus viejas mellas y abolladuras. También algunas nuevas. No era toda de una pieza, cosa que no sabía: los brazos estaban atornillados al eje vertical en una especie de ensambladura de mortaja y espiga. La levanté apoyándola en la parte del pie. No era tan pesada, pero desde luego sí era demasiada cruz para llevármela en metro.

¿Cómo sabía el rabino Joshua Gruen que estaba allí?

Una llamada telefónica anónima. Una voz de hombre. Hola, ¿rabino? Su tejado está ardiendo.

¿Que mi tejado está ardiendo?

Si los niños hubieran estado en casa los habría sacado y habría llamado a los bomberos. Lo que hice fue coger el extintor de la cocina y subir. No fue una idea muy inteligente. Naturalmente, el tejado no ardía. Pero por modesta que sea, esto es una si-

nagoga. Un lugar para la oración y el estudio. Y como puede ver, una familia judía ocupa los pisos superiores. ¿Se equivocaba, pues, quien había llamado?

Se muerde el labio, desvía los ojos, castaño oscuro, de la cruz. Para él es un símbolo execrable. Deja su marca a fuego en su sinagoga. Y esa marca a fuego baja de piso en piso, como la plantilla de una iglesia cristiana. Quiero decirle que formo parte del Comité para la Teología Ecuménica de la Sociedad Transreligiosa. Que soy miembro del Consejo Nacional de Cristianos y Judíos.

Esto es deplorable. De verdad que lo siento mucho.

No es culpa suya.

Lo sé, digo. Pero esta ciudad se vuelve más rara a cada momento.

Los rabinos me ofrecieron una taza de café. Nos sentamos en la cocina. Me sentí muy cercano a ellos, pues tanto su casa de devoción como la mía habían sido profanadas, y toda la herencia judeocristiana maltratada.

Esta banda lleva meses molestándome. Y para lo que les ha procurado su esfuerzo... quiero decir que de haber robado una tintorería habrían sacado lo mismo. Escuche, rabino...

...Joshua.

Joshua. ¿Lees historias de detectives?

Se aclaró la garganta, se sonrojó. Sólo continuamente, dijo Sara Blumenthal, sonriéndole.

Bueno, unamos nuestras fuerzas. Tenemos aquí dos misterios.

¿Por qué dos?

Esta banda. No me puedo creer que, en última instancia, su intención fuera cometer un acto antisemita. No tienen ninguna in-

tención. No son de este mundo. ¿Y vinieron desde Lower East Side hasta el Upper East Side? No, esto es pedirles demasiado.

¿Se trata, entonces, de un tercer grupo?

Es posible. Alguien les quitó la cruz de las manos... si es que no la encontraron en un contenedor. Entonces, esta segunda persona o personas sí tenían una intención. Pero ¿cómo la subieron al tejado? ¿Cómo es posible que nadie los viera o los oyera?

Angelina, a la que creo que has conocido con los niños, oyó ruido en el tejado una mañana. Nosotros ya nos habíamos ido. Ocurrió el día en que fui a visitar a mi padre, dijo Sarah mirando a Joshua para que lo confirmara. Pero los ruidos no duraron mucho y Angelina no pensó más en ello, se dijo a sí misma que debía de tratarse de alguien que hacía una reparación. Suponemos que subieron por uno de los edificios del bloque. Los tejados son colindantes.

¿Ha investigado en el bloque? ¿Ha visitado a los vecinos?

Joshua negó con la cabeza.

¿Y la policía?

Intercambiaron una mirada. Por favor, dijo Joshua. La congregación es nueva, poco más que un grupo de estudio, sólo un principio. La cosa aún está verde. Lo último que necesitamos es este tipo de publicidad. Además, creo que eso es lo que pretende quienquiera que lo hiciera.

No aceptamos la etiqueta de víctimas, dijo Sarah Blumenthal mirándome a los ojos.

Y ahora te digo, Señor, mientras estoy aquí sentado, de nuevo en mi estudio, en esta buhardilla del coro austera y en ruinas, que esta noche siento una tremenda lástima de mí mismo al carecer de una compañera como Sarah Blumenthal. No es lujuria, y sabes que lo admitiría si lo fuera. No, pero pienso en lo rápidamente que congeniamos, en lo cómodo que me hizo sentir, de qué manera tan natural me acogió en esas extrañas circunstancias. Son

personas sencillas y honestas, los dos, estaban muy pendientes de todo, se los veía muy serenos, una pareja maravillosamente joven con una vida dedicada discretamente a su fe, qué poderoso bastión familiar forman. Oh, Señor, es un rabino con suerte ese Joshua Gruen, al tener a esa hermosa devota a su lado.

Al parecer fue Sarah quien ató cabos. Él estaba sentado sin saber cómo manejar el asunto y ella regresó de una conferencia en alguna parte, y cuando él le contó lo que había en el tejado ella se preguntó si no sería el crucifijo del que hablaban los periódicos.

Yo no había leído el artículo y me mostré escéptico.

Te pareció demasiado raro tener ante las narices toda una noticia periodística, dijo Sarah.

Es cierto. Las noticias siempre son lo que ocurre en otra parte. Y darte cuenta de que tú sabes más que el reportero... Pero volvimos a localizar el artículo.

Nunca me deja tirar nada, dice Sarah.

Por suerte, en este caso, le dice el marido a la mujer.

Parece que vivimos en la Biblioteca del Congreso.

De modo que, gracias a Sarah, hemos encontrado al legítimo propietario.

Sarah me lanza una mirada, se ruboriza un poco. Se quita las gafas, la estudiosa, y se pellizca el puente de la nariz. Veo sus ojos justo antes de que se vuelva a poner las lentes. Miope, como una muchacha que amé en la escuela.

Les digo a mis nuevos amigos que les estoy enormemente agradecido. Por añadidura, esto que habéis hecho es un *mitzvah*.⁶ ¿Puedo llamar por teléfono? Voy a pedir una camioneta. Podemos desmontarla, envolverla, sacarla por la puerta principal y nadie se enterará de nada.

6. Buena obra realizada como deber religioso. (N. del T.)

Estoy dispuesto a compartir los gastos.

Gracias, pero no será necesario. No hace falta que os diga que mi vida ha sido un infierno últimamente. Es bueno este café, pero ¿no tenéis nada para beber?

Sarah se dirige a una vitrina. ¿Te va bien un whisky?

Joshua, suspirando, se reclina en la silla. Yo también me tomaría un trago.

La situación en este momento: mi cruz desmontada y apilada detrás del altar como si fuera material de construcción. Para el servicio del domingo aún no estará montada ni colgada. No pasa nada, le dedicaré un sermón. La sombra está allí, la sombra de la cruz en el ábside. Le ofrecemos nuestras plegarias a Dios en nombre de Su indeleble Hijo, Jesucristo. No está mal, Pem; aún te puedes sacar todas estas cosas del sombrero cuando quieres.

Había llegado a estar realmente convencido de que se trataba de alguna nueva secta. Me dije: vigilaré desde el otro lado de la calle, veré cómo desmontan St. Tim's ladrillo a ladrillo. Puede que los ayude. La volverán a montar como una iglesia para el pueblo en otra parte. Una expresión de su fe sencilla. Quizá me deje caer por ahí y de vez en cuando vaya a escuchar el sermón. A aprender algo...

Y mi otra idea, hay que reconocer que paranoica: la cruz acabaría siendo una instalación en el Soho. Pasarían unos meses, un año, y miraría por el escaparate de una galería de arte y la vería allí, debidamente adornada, como una declaración. La gente está junto a la cruz bebiendo vino blanco. Así que ésa era la versión laica. Pensé que había cubierto todas las posibilidades. Estoy asustado. ¿Cómo voy a enfrentarme a esta extraña cultura nocturna de furtivos psicópatas...? Estos absurdos ladrones de lo que no tiene valor que se pasean por las calles con una ri-

sita tonta, llevando ¿qué? ¡Lo que sea! A través de los límites difusos del nihilismo urbano... su inteligencia, su brillante reconocimiento de algo que antaño tuvo un significado que ellos, entre carcajadas, no recuerdan. Jesús, esto ni siquiera es sacrilegio. Un perro que roba un hueso es más consciente de lo que está haciendo.

* * *

Moira está haciendo historia: una mujer que cruza la barrera de las clases sociales. Él es un poco esnob, ¿no es cierto? No estoy seguro de que me caiga bien si es capaz de pasar las tardes en el museo. Se quedó de una pieza cuando ella le metió la lengua en la oreja. No sólo por la vulgaridad del hecho en sí, sino porque jamás había imaginado que ella pudiera hacer algo así.

La única manera de entenderlo es darles un acelerón a sus naturalezas morales, poner motores en ellas, pero entonces todo lo que tienes es una película.

La película: un chico inicia una aventura con la esposa —una mujer realmente elegante y estupenda— de un líder en el mundo de los negocios: los tres se hallan en ese torbellino de límites imprecisos que forma la sociedad neoyorquina de gentes del mundo editorial, artístico, publicitario, periodístico y bursátil.

Tras estimularla un poco, ella resulta ser una amante ardiente sin sentimientos de culpa. A él no se le ocurre nada que ella no esté dispuesta a probar. Él es un hombre creativo. Ella satisface cada una de sus perversiones y jamás está enfurruñada ni furiosa.

En gran parte a causa de las condiciones que él ha impuesto, ella se habitúa a no pedirle nada más a esa relación de lo que él le da. Él asume un control al que ella no pone objeciones: cuán-

do se verán, cómo se comportarán, qué se le ocurrirá pedirle a su amante, sumida en un tórrido estado de autodegradación. A ella le basta con que se vean, se lo consiente todo, y se va a casa hasta la próxima vez.

Pero la total entrega de la voluntad de ella, y la constante estabilidad de la relación, comienza a aburrir al hombre. Él extiende su control a la vida de ella con su marido: cuándo debe abstenerse de practicar el sexo con él, cuándo no ha de abstenerse, qué ropa ha de llevar, qué perfume, lo que le ha de pedir para cenar al cocinero, los restaurantes a los que ha de insistir en ir, los destinos de sus viajes, incluso las sábanas sobre las que duerme el marido o el jabón de la jabonera. A él le estimula ejercer, a través de ella, un control remoto sobre las circunstancias íntimas de la vida de su marido.

Ahora me doy cuenta de que él es un verdadero capullo. ¿Por qué iba yo a tener que ver nada con él? En una ocasión, por indicación de él, el marido le encuentra con su esposa en Maui, y mientras él, el marido, se broncea en una playa privada, el amante, en su suite, le quita el bañador a la mujer, con el índice y el pulgar recoge los granos de arena que encuentra en la hendidura de la ingle y los rocía sobre la parte más sensible de ella. Él la deja sin aliento, ella es adicta al peligro que él constituye para ella, la amenaza para su bienestar, para su amor propio, para su vida.

Alguien tan malo como este tipo ha de ser una estrella. Me refiero a que si se tratara de un tipo calvo, gordo y baboso, el público sentiría repugnancia, se indignaría. Querría que le devolvieran el dinero. De modo que él es esbelto, está en forma, se cuida mucho a la manera de alguien profundamente amante de sí mismo. Va a correr, hace ejercicio casi religiosamente para el mantenimiento de su cuerpo, que es su deber. Bebe poco, no hace nada con exceso excepto intrigar. No hace ningún esfuerzo para inte-

grarse con los demás, nunca se rebaja a conversaciones triviales destinadas a demostrar la naturaleza inofensiva de uno. Jamás levanta la voz. Cuando es gracioso es desdeñoso, cuando está furioso es amenazante en silencio. Su egoísmo se distribuye tan uniformemente sobre todos los aspectos de su vida que los demás sólo lo ven como una pátina de esnobismo, un punto de arrogancia que, mejor iluminado, podría desenmascarar una visible crueldad. Esto es lo que atrae a las mujeres. Esto es lo que la atrae a ella.

Ahora me doy cuenta de que ese elegante desparpajo tan de clase alta —sabe de vinos, caballos, navegación, etcétera— es a causa de su antigua profesión: estratega de acciones encubiertas de la CIA que ha vivido mucho tiempo en el extranjero. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Trata a la gente normal con esa condescendencia típica de alguien que ha vivido desde dentro las aventuras geopolíticas de la guerra fría, mientras que los demás sólo se han enterado por los periódicos.

Él es de clase media, como ella, nacido en el norte del estado de Nueva York, quizá, aunque no es correcto ubicarlo con exactitud, pues toda su vida ha sido un alejarse de la identidad específica que lleva aparejada una región o una familia. Para ser más exactos, su capacidad para el nihilismo moral, o quizá sólo la necesidad de que la película dure menos de dos horas, ha borrado cualquier información secundaria del carácter que confiere una calificación religiosa o étnica.

Pero ahora le ha puesto un micrófono a su querida para poder oír las conversaciones privadas de su marido con ella, para aprender las debilidades, las inflexiones de voz que delatan miedo o culpa, lujuria o amor. El marido tiene la barbilla fofa, es como un niño que en sus momentos más íntimos desea el elogio y la admiración de su esposa. Viviendo con él, ella se ha sentido encerrada. El drama de su vida profesional es como una cachiporra. Ella se

da cuenta de que las atenciones llenas de orgullo que le prodiga en público son una especie de condecoración que él mismo se coloca, del mismo modo que no va a ninguna parte ni acepta ninguna invitación que no augure algún honor o prestigio.

Qué la ha atraído de su amante de perverso corazón es algo que ella no tiene muy claro, pero de hecho es lo mismo que la atraía de su marido cuando la cortejaba: la idea, en ambos casos, de alzarse sobre una marea que la levantará con inmenso poder más allá de las posibilidades de libertad que podría haber conseguido por sí misma. Pero ella es tan esclava de su amante y de sus costumbres como lo había sido de su marido, y para ella la libertad se alcanza a través de una forma de servidumbre, como una idea que sólo se puede conseguir con su negación.

De modo que en estos tres papeles tenemos tres vidas más o menos despegadas de la realidad, y cuya existencia se debe a este hecho. El amante, por su parte, prevé un grandioso final para su peligrosa empresa, tan extremadamente peligrosa que decide que su vida, hasta entonces sin rumbo entre el aburrimiento, la alienación y la ausencia de profundas convicciones, puede reconcebirse ahora, de manera redentora, como una forma de arte.

* * *

Éste es mi laboratorio; aquí, está en mi cráneo. Puedo asegurarnos que está muy poco amueblado. De hecho, por así decirlo, mi trabajo ha sido vaciar mi laboratorio de su mobiliario: los vasos de precipitados, las reglas, los armarios, viejos libros. Y aunque hasta cierto punto he tenido éxito, todavía hay algunas cosas de las que parece que no puedo desembarazarme: la idea de que el universo responde a un plan, de que hay pocas y simples reglas, o leyes, leyes físicas, de las que se derivan todos los múltiples procesos de vida y no vida. De modo que ya veis que no soy ese

revolucionario subversivo que los nazis de Hitler querían presentar ante el mundo.

Naturalmente, el universo que todos hemos conocido y visto desde la infancia sólo queda en parte explicado por ese inmenso y apreciado personaje, sir Isaac Newton. Ese universo, con todas las estrellas en los cielos y los planetas girando en sus órbitas, en el que la noche sigue al día, y las acciones provocan reacciones y los objetos caen gracias a su gravedad... todo ello parece bastante sólido, excepto para una mente como la mía, aunque tampoco es la única. Porque mi venerado modelo mecánico del universo de sir Isaac se basa en un par de supuestos que no pueden probarse. La idea del movimiento absoluto y el reposo absoluto, por ejemplo, la idea de que algo puede moverse en un sentido absoluto sin referencia a nada más. Está claro que es imposible, se trata de un concepto que no puede probarse empíricamente, refiriéndonos a la experiencia. El barco que se mueve en el mar, se mueve con referencia a la tierra. O si lo prefieres, con referencia a otro barco, moviéndose a mayor o menor velocidad. O con referencia a un dirigible que pasa por el cielo. O a una ballena que surca las profundidades del mar. O a las propias corrientes del mar. Pero siempre con referencia a algo. Y lo mismo es cierto de un planeta. No se puede probar que haya nada en el universo que se mueva de manera absoluta sin referencia a otro elemento del universo o, si a eso vamos, sin referencia al universo en su totalidad.

Pues bien, todo mi pensamiento posterior no se basa sino en insistir de manera muy simple en este punto. El movimiento absoluto y el descanso absoluto son conceptos falsos que no pueden demostrarse. Pero ya veis las enormes implicaciones de esta terca y maniática insistencia mía: hemos de abordar estas ideas sólo en la medida en que puedan ser probadas. Os lo demostraré, es muy simple. Haremos un pequeño experimento mental...

Si yo soy un cohete espacial que recorre el espacio a millones de miles de kilómetros por hora... y tú me pillas con tu nave espacial y bajas la velocidad de tus motores de modo que volemos a la misma velocidad el uno junto al otro... y una persona dormida en cada uno de nuestros cohetes se despierta y mira por la ventana a la ventana del otro cohete... sin ver los meteoritos ni los fragmentos de materia estelar que pasan zumbando o a la deriva... sino viendo exclusivamente la otra cabina... serán incapaces de decir si las naves se mueven de manera uniforme o no se mueven en absoluto. Porque en ambos casos lo que se experimenta es lo mismo.

¿Os dais cuenta de lo sencillo que es? Yo soy un hombre realmente sencillo, y empiezo con las preguntas que se haría un niño. Por ejemplo, era poco más que un chaval cuando me pregunté qué ocurriría si viajara a la velocidad de la luz. En el universo nada puede moverse a más velocidad que la de la luz. ¿Sabéis lo que eso significa? Significa que en nuestro universo no hay procesos instantáneos, porque nada puede moverse más deprisa que la luz, y la luz tarda un cierto tiempo en ir de un lugar a otro. Esto significa, por ejemplo, que una persona no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. También, por ejemplo, que no pueden existir los fantasmas, tan apreciados por muchas personas, porque ni los fantasmas ni nadie más pueden aparecer ni desaparecer como si viajaran de un lugar a otro de manera instantánea. De modo que lo que comprendí cuando era niño fue que si viajara a la velocidad de la luz y sostuviera un espejo delante de mí, no vería mi imagen en el espejo, porque a la misma velocidad que la imagen de mi cara iluminada se moviera hacia el espejo, bueno, pues igual de deprisa se alejaría el espejo. Y no vería nada en el espejo que sostendría delante de la cara. Y, sin embargo, parece que algo falla. No da la impresión de que ése fuera a ser el caso, ¿verdad? Es una idea bastante aterradora, de hecho,

pensar que si me moviera a la velocidad de la luz no podría confirmar mi existencia a partir de una fuente objetiva de luz reflejada como es un espejo. Sería como un fantasma en el universo, materialmente inidentificable en la corriente del tiempo.

De modo que a partir de ese sencillo experimento mental deduje lo siguiente: ningún objeto, ni espejo ni persona, ni siquiera una persona más delgada que yo, alguien que no se permita comer pasteles de chocolate ni merendar mermelada de frambuesa ni bollos con mantequilla, no, ni siquiera la persona más delgada del mundo puede moverse por el universo a la velocidad de la luz. Puesto que siempre podemos vernos en los espejos, y el uno al otro, hemos de movernos a una velocidad menor, aunque la propia luz se mueva desde la superficie de nuestras queridas caras y desde nuestros espejos a la misma y constante velocidad máxima. Nosotros somos más lentos que ella. Incluso nuestras naves espaciales más veloces. ¿Sabes lo que ocurriría si nos moviéramos a una velocidad cercana a la de la luz, cada vez más deprisa, desde cero kilómetros por hora hasta trescientos mil kilómetros por segundo? ¿Sabes lo que nos ocurriría? Dios santo, que seríamos cada vez más pesados, más y más pesados a medida que aumentara nuestra velocidad, hasta que nuestro inmenso peso o densidad sería tan inmenso que el espacio que nos rodeara se curvaría hacia nosotros y succionaríamos el espacio que nos rodeara hasta darle tal densidad que... cuanto más deprisa nos moviéramos, menos opciones tendríamos de alcanzar la velocidad de la luz... porque cuanto más deprisa nos moviéramos, más masa tendríamos, y cuanto más masa, mayor sería la resistencia a nuestro avance... hasta que el cielo celestial que nos rodeara se ondularía, se doblaría y se deformaría, y también nosotros hasta quedar irreconocibles.

Y de estos pocos y sencillos pensamientos, quizás incluso

ingenuos, he descubierto leyes, leyes físicas, que alarman a la gente hasta un punto que han decidido que no hay que permitir que el hombre de la calle sepa de qué hablo, cuál es la revolución que supuestamente he hecho. Soy una especie de genio al que hay que respetar e incluso venerar mientras te rascas la cabeza y dices: Dios le bendiga. Qué tipo tan curioso, todos los cabellos le van en dirección distinta, quizá de tanto haber intentado volar hasta su espejo a la velocidad de la luz. Mirad su sudadera, sus pantalones sin planchar. Si se olvida incluso de llevar chaqueta y corbata, que tampoco es que sean muy prácticas para trabajar, ha de ser un genio. ¡La tiza con la que escribe sus fórmulas secretas en la pizarra, la tiza se le rompe en la mano! Ésta es la manera en que la prensa y la radio te han impedido pensar en lo que tengo que decir. Es un insulto, no sólo a mí sino a ti, porque, por supuesto, la mente humana siempre puede averiguar la verdad, porque, por muy oculta que esté, siempre acaba saliendo a la luz. Y nada de lo que yo he descubierto es revolucionario, porque tan sólo veo lo que siempre ha sido como es ahora, y, por lo que yo puedo deducir, será siempre. Es sólo que nuestra percepción se ha vuelto más... perceptiva.

En fin: después de todo, sólo podemos decir con total certeza acerca del universo del Viejo: que lo único constante es la velocidad de la luz.

Todo lo que podemos decir con certeza del espacio es que es algo que se mide con una regla.

Y del tiempo todo lo que podemos decir es que es algo que se mide con un reloj.

Pero en cuanto a las ideas teológicas y los chillidos y terrores que producen en nuestros cerebros, te ruego que no me hagas responsable.

* * *

No existen canciones científicas. Ninguna canción te cuenta que la fuerza de la gravedad es el producto de las masas de dos objetos dividido por el cuadrado de la distancia entre ellos. Sin embargo, la ciencia nos enseña algo acerca de la canción: las fórmulas científicas describen las leyes mediante las que actúa el universo, y sugieren en ecuaciones que es posible un equilibrio incluso cuando las cosas están en aparente desequilibrio. Lo mismo que las canciones. Las canciones son compensatorias. Cuando un cantante pregunta: Por qué me has hecho esto, por qué me has roto el corazón... la fórmula inherente es que el grado de traición es equivalente a la elocuencia del grito de dolor. Los sentimientos se transmutan tan rápida y perversamente como los sucesos subatómicos, y cuando hay una masa crítica surge una canción, un clásico, lo reconocemos como expresión de una verdad. Al igual que una fórmula, la podemos aplicar a todo el mundo, no sólo al cantante.

* * *

Una extraña visión en el muelle: un gran garza azul mira en una dirección, casi espalda con espalda con una garceta blanca como la nieve que escruta en dirección opuesta. Por eso todo el mundo debería salir de la ciudad alguna vez.

Me extraña que sobrevivan compartiendo los mismos recursos alimenticios, pero ahí están, sin hacerse caso la una a la otra. «No te miro, pero sé que estás ahí.» La garceta se lanza primero, el cuello extendido, el pico en bayoneta amarillo protuberante, un hermoso pájaro en vuelo, esbelto, como un hidroavión prerrafaelista, pero con mirada implacable... y la garza, que parece arrugada con su mancha negra en la espalda, el cuerpo plumoso más gris que azul, las patas y los pies largos, el pico negro. Es un pájaro no tan bonito, menos distinguido que la garceta, aunque

cuando despliega su enorme envergadura para despegar, a poca altura del agua, alcanza la majestuosidad de un avión. Pero hay cierto pesar en su mirada, y está claro que es un tipo de pájaro solitario al que no le iría mal un poco de atención femenina que lo acicalara un poco, como a mí.

* * *